

The background of the entire page is a complex, abstract geometric pattern. It consists of numerous irregular polygons in various shades of blue, ranging from a very light, almost white blue to a deep, dark navy blue. The shapes are interconnected, creating a tessellated effect that resembles a mosaic or a crystalline structure. The overall composition is dynamic and visually rich.

ANTÍLOPE

# Los que regresan

Javier Peñalosa M.





# Los que regresan

Javier Peñalosa M.



“La familia de parónimos compuesta por río, *rambla, rúa, rue, rius* –del latín *rivus*– sugiere que muchas vías de comunicación fueron cauces que permanecieron secos, o con poco caudal, durante miles de años, hasta devenir senderos, como el desfiladero que conduce a la ciudad de Petra.”

**Manuel Pereira**



ANTÍLOPE

# Los que regresan

***Los que regresan***

México, primera edición, marzo de 2016

D.R. © 2015

Ediciones Antílope S.R.L. de C.V.  
Alumnos 11, col. San Miguel Chapultepec,  
del. Miguel Hidalgo, 11850, D.F., México  
[www.edicionesantilope.com](http://www.edicionesantilope.com)

DISEÑO

Priscila Vanneuville

FORMACIÓN

Quinta del Agua Ediciones

ISBN

978-607-97070-0-2

Nos pusimos en marcha cuando voló el último  
de los zorzales. Yo hice en la tierra una marca con  
la punta del pie.

Caminamos, todo el día caminamos. Éramos tres,  
cinco, a veces nueve.

El más viejo de nosotros hablaba en voz  
alta pero sus palabras no coincidían con lo que  
podíamos ver.

Cada uno llevaba sus señales y el cuerpo para  
interpretarlas.

Ya bien entrada la segunda noche  
encendimos un fuego.

Uno que había estado con nosotros desde el  
principio se quedó dormido junto a mí y comenzó  
a hablar entre sueños. Por aquí pasa el agua, dijo.

¿En dónde?

No puedo señalar dónde.

Y con un movimiento volvió a su sueño.

Lo cubrí con una manta y me quedé callado mirando  
las brasas apagarse.

Uno cargaba un puñado de monedas.

Uno más llevaba colgando en el pecho un nombre.

Otro iba arrastrando un cajón de madera sobre  
la grava. Yo quería andar sin doblarme, sostener mi  
propio peso en vertical. Queríamos resguardar  
nuestra procedencia.

Llevábamos una piedra en el zapato, granos  
para las aves, lo máspreciado que reunimos bajo  
la bóveda.

Eran los días de las Grandes Obras y llamaban construcción a la cavidad.

Allá, un grupo de hombres trabajaba en las ruinas del próximo siglo.

Golpe a golpe, con puntas de acero, partían y pulverizaban las rocas. Eso fue lo que escuchamos. Que tenían las uñas negras de excavar.

Y otro aseguró que un pozo es el molde de nuestros días todavía sin romper.

Porque éramos más de uno, porque habíamos apretado el paso para no alejarnos de los demás, porque también estábamos buscando, nos reunimos.

Éramos del norte y del sur, de la parte baja de la cuenca, del oriente y del poniente, de puntos cardinales invisibles en los mapas. Porque todos, de alguna manera, veníamos del horizonte, nos reunimos.



En la madrugada una línea de luz apareció a lo lejos.

No fue la primera, mas era distinta para nosotros  
esta luz; igual que en los viejos libros, separó  
lo que estaba unido en la oscuridad y nos fue aclarando  
las formas. Se separó arriba de abajo.

Y no vimos el agua, pero algo revoloteó en la superficie.

Arriba la gran bóveda y nosotros abajo.

Arriba el reverso del agua y nosotros abajo.

Fue en la mañana del cuarto día que pudimos  
ver hacia dónde. Tuvimos pan, sol y claridad.

Éramos el que pierde una llave y la tiene en  
la mano; el camino estaba vivo en nosotros y era  
bueno y manso bajo los pies.

Seguimos andando. Éramos las palabras  
que van a llegar.

Lo que amábamos se movía también hacia adelante, como nosotros, con nosotros. Había ternura en la forma en que pesaba la luz y en los rastros que habían dejado los animales. Cedíamos a la misma fuerza que abre los botones de los nísperos y que dobla y quiebra las varas.

Yo repetía el sonido de mis nueve sílabas y por un momento sentí que podía llamar a los árboles por su nombre.

Detrás del cerro, el cauce. Detrás del cerro están las luces encendidas, dijo.

Recuerdo una puerta dócil en la última hilera en el costado izquierdo del callejón. Y señaló un punto perdido en la distancia. Detrás del cerro.

Nosotros queríamos que nos llevara, que nos hiciera entrar.

Es probable que la mesa esté servida, dijo.

Detrás del cerro, el cauce. Detrás las luces  
encendidas. Detrás, detrás, como si en el reverso  
de las cosas, como si detrás de la cara que  
vemos se escondiera siempre el pedazo que falta.

Pero detrás del cerro, el cerro. Y el cauce era una  
cuenca vacía.

Por aquí el agua, dijo. Y señaló como un dios  
torpe una hondonada seca.

Los paisajes no conservan lo que sucede en  
su extensión. Un cauce no guarda el agua corriente  
del río; las piedras no retienen los musgos, no  
guardan el vuelo de los pájaros que pasan,  
no acumulan las sombras.

Nosotros queremos llegar al lugar que nos llama.  
Pero seguimos un camino trazado en la memoria  
y nuestra línea recta es espiral.

Con los zapatos muy pesados, con el cuerpo  
como una punción, bajamos por el cauce.

Y sólo encontramos piedras.

Piedras levantadas, con nombres y fechas, piedras con colores y formas diferentes. Era un campo listo para la labranza.

Me separé del grupo y caminé con cuidado para no pisarlas. Yo quería encontrar la piedra de mi abuelo.

Y también estaban las piedras anónimas, apiladas una sobre otra. Las piedras con las que hicieron los muros, los muros con los que levantamos casas.

Pero los paisajes también conservan lo que sucede en su extensión.

También las piedras guardan el fuego y a fuerza de agua o viento se pulen.

Si los animales duermen ahí, si ahí crece un cardo o madura una fruta; si un grupo de personas atraviesa el cerro a la madrugada, el territorio como una vasija se va llenando hasta que ya no puede contener, y se derrama.

Por rumores supimos que los otros se reunieron en la oscuridad. Que tenían la luz pero la usaban para cegar. Que tenían las palabras y las usaban para dividir.

Ellos eran los que no dejaban pasar, los que habían cerrado las puertas. Eran los de las manos teñidas de rojo, los amargos del siglo, los iracundos rompedores de huesos.

Y también se movían hacia adelante.

Como quien gira la cabeza un segundo y al voltear no encuentra nada, o el que observa un punto lejano en el cielo y lo mira desaparecer; como quien pierde de vista.

Así lo que creímos evidente nos abandonó en la madrugada.

O no sabemos si apresuró el paso, si esa claridad está rezagada o si viaja con ellos, si la robaron. Si la volveremos a ver.

Ninguno de los que estábamos ahí sabía  
por dónde entraron los teñidos de rojo, los del  
cráneo brusco.

Y con mucho pesar uno de los nuestros dijo:  
Abrimos una puerta, la dejamos abierta toda la noche.

No. Ellos estaban aquí antes de las puertas.

Ellos al mismo tiempo que nosotros.

Todas las horas son su hora.

Aunque también es nuestra.

Pero movidos por qué aire violento, hijos  
de qué huracán.

Cuál es su fuerza honda, brusca, tutelar.  
Bajo qué oscura idea se reunieron. Cuál es el  
negro plomo de su signo.

Estuvimos muy quietos rumiando estas preguntas  
sin saber dónde acomodar el miedo (en los  
toscos cajones de madera, o en los zapatos que  
no nos podemos calzar).

Y nadie quería seguir andando.

Y uno de nosotros tomó la palabra:

También ellos tienen sed, dijo. Y son el corazón dolido de alguien. Como los animales que cazan, la zarpa atenta, su manera de estar vivos es muerte.

Y esto pesó mucho en los ánimos, y pareció que los pájaros iban más lento y que ahora viajaban en dirección opuesta.

Esa misma tarde estuvimos dando vueltas alrededor de un mismo punto. Orbitábamos por la gravedad de los hechos. Girar era nuestra manera de ir.

Alguien alzó la voz y sus palabras erraron como en las manos nerviosas de un cartero que no da con la dirección.

Como no somos el animal que permanece agazapado, el cuerpo hecho un ovillo, esa tarde estuvimos dando vueltas.

Desapareció el camino y cierta dulzura  
en la mirada. Desaparecieron más de cien tordos  
e incontables palomas. Desapareció el cajón  
de las velas. En contemplar desapareció el templo.  
En considerar desaparecieron el cielo y las estrellas.  
Y una tarde desapareció Raúl. Sus tumbos  
y sus flores.

Desaparecieron o cambiaron de lugar.

Aparecieron escarabajos diminutos en los brotes  
de un árbol. Apareció una espina con la forma de un  
pez. Y no pudimos explicarnos cómo llegó un olor  
a lluvia en la mañana. Apareció una caligrafía  
en las piedras y un venado muy quieto en el sendero.  
Cardos, tordos y nidos entre los árboles.

Aparecieron o cambiaron de lugar.



En la mañana, uno de los que venían del cerro se puso a silbar mientras andábamos.

Clarín es el nombre del pájaro. Lo escuché un mediodía, había otras jaulas también; y en el espacio entre alambres, rojos, pardos, canarios y periquitos serenos en la garganta.

Y siguió silbando toda la bajada de San Juan. Y yo recordé su canción por otra boca y quise romper algo de barro.

Iba a llover. Bajaron las nubes, venían muy cargadas y olía a humedad. Cerré los ojos.

No puedo recordar su nombre pero reconozco su voz y el vaivén de su cuerpo cuando avanzaba arrastrando la pierna.

Sabía leer los pájaros y el recorrido de las hormigas. Para nosotros eran importantes las correspondencias entre arriba y abajo.

Hacia el medio día, nos sentamos en círculo bajo la sombra de un árbol. Uno al que llamaban el Cuervo, y que no había abierto la boca desde que salimos, repartió higos maduros que partimos a la mitad con la yema de los dedos.

Y desde la parte alta de la loma pudimos ver a  
lo lejos las ruinas que asomaban como lomos de bestias.  
La ciudad era una estampida inmóvil.

Éste es el lugar donde se unen las cordilleras, ésta  
es la alta región donde se anudan, éste es el recipiente  
de las aguas al que vienen los animales para beber.

Y esta hilera encendida en la cañada somos  
nosotros bajando a la cuenca como luciérnagas  
que caminan.

El de Remedios tomó la palabra:

La casa en la que crecí era de piedra pero la hicieron  
sobre el lodo. También de piedra la calle y los  
arcos, y de piedra la pila bautismal que nombró a  
los días y a los fantasmas.

La ciudad en la que crecí era de piedra pero se  
hundió en lodo.

Entramos porque la puerta estaba abierta.  
Lo llamamos varias veces por su nombre y sólo  
nos respondió el eco de nuestra voz. La cama  
estaba destendida, las cortinas cerradas. Lo llamamos  
por su nombre.

Buscamos en la azotea y detrás de los muebles,  
repetimos su nombre hasta que el nombre dejó de ser  
nombre y era ya sólo un sonido seco salpicando  
las paredes de la casa.

Esto es lo único que queda de él: en una de las  
paredes del patio su crecimiento fue marcado con  
la punta de un lápiz.

Marginalia del cuerpo sobre el muro.

La espalda recargada contra la piedra fría y  
todos los años una línea horizontal trazada por  
encima de la cabeza.

Aquí se ve una marca por el año en que dio el  
limonero, y hay otra marca por la aparición de los  
dientes. Y esta última marca es su límite con  
el mundo.

Ya en la noche, su hermano hizo preguntas al cuerpo, pero el cuerpo no respondió como antes. Estaba muy oscuro, no podría decir si había pájaros volando o si alguien más se movía.

Acostado en el suelo, boca arriba y de noche, abrí los ojos y los pude ver. Eran los que caminaban conmigo; estaban flotando, sus cuerpos suspendidos por encima de mí.

Pero no brillaban, allá arriba no brillaban, sus cuerpos eran opacos como los planetas.

Queremos encontrar el agua fresca para lavarnos, para meter las manos y la cabeza y quitarnos la sed.

No queremos la tristeza de los sedentarios, el luto de lo inmóvil. No queremos, sentados, verlos pasar.

Estamos todos de pie y moviéndonos por amor o por instinto.

Buscamos el cuerpo vivo del agua, queremos el cuerpo vivo del agua.

Por voz del viejo supimos que habían partido en dos las aguas. Antes de nosotros, en los días de los granos, levantaron bajo el peñón un muro y las aguas saladas ya no pudieron pasar.

Y ese año el agua dulce llenó las jícaras y las bocas, los pulmones de un cerdo que flotó en los canales.

Toda la sal revuelta, toda la sal ahogada y también la sal seca. Y una isla de sal en medio del agua y un charco de agua en la raíz salada y después ya nada, ni agua, ni charco, ni sal.

No teníamos el mismo tamaño, no éramos los mismos.

¿Cuántos éramos?

Éramos los del principio. Éramos dos, tres, a veces nueve. No recuerdo.

¿Cuántos éramos?

Nadamos en el río en la mañana. El agua era dura, mojaba ardiendo. La corriente era mansa y no arrastraba, pero no recuerdo cuántos éramos.

Vamos como ciegos marchando en fila. No es aquí donde queremos llegar. ¿Era el cuerpo de agua lo que buscábamos?

El de San Juan desde hace días piensa que ya estamos en casa. El Cuervo siempre cree que estamos por comenzar. El viejo no ha abierto la boca. No sabemos si estamos yendo o vamos de vuelta.

Somos las palabras que van a llagar.

Un peso muy grande nos arrastraba hacia abajo. No era la gravedad.

Y decidimos hablar en voz alta, no dejar caer la voz, mantenerla como una flama. Y repetimos una y otra vez: el agua que se va debe volver, el agua que se va debe volver.

Porque las cosas no desaparecen, un gallo cantó en la mañana y hubo grietas nuevas en los muros.

Yo abrí la boca pero no acerté y mi boca fue la cavidad.

Todas las islas van a hundirse. El agua va a subir, las islas van a hundirse.

No hay agua.

Paciencia. Las islas van a hundirse. Los flancos, las pequeñas playas que se forman en la orilla. Todas las islas van a hundirse, dijo.

¿Qué es una isla? Pregunté.

Una isla es cuando no encuentras tus zapatos en la mañana. Una isla son palabras que no sabes cómo decir y parece que flotan pero te están tocando la lengua. Una isla es el recuerdo de tu madre. Una isla es un lomo asomándose en el agua.

No veo ninguna isla.

Estamos sobre una isla, ¿no lo ves? Estamos flotando.

Aquí no hay agua.

Todas las islas van a hundirse, todos los valles.

No van a arder: van a hundirse con nosotros en el agua.

En la catedral de las cosas secas entrelazamos los dedos de las manos y alzamos una oración por los que piensan que no vamos a arder.

Afuera se han reunido para quemar las barcas. Tienen el fuego pero nada con qué apagarlo.

La única barca es nuestro cuerpo, dijo.

Lo sabemos.



Hasta nosotros llegaron los rumores de que el agua estaba creciendo.

Es lo que estábamos esperando, ella es nuestra niña perdida y nosotros el padre que busca entre los pies de la gente.

No, dijo el viejo, ella es nuestra madre y nosotros los niños perdidos en la plaza principal.

Río de los Remedios, río de La Piedad, río Magdalena, río Consulado, río San Joaquín, río de las Avenidas, río San Juan Teotihuacán, canal de la Compañía, río San Buenaventura, canal de Chalco, canal de la Viga, río Mixcoac, río Hondo, río San Rafael, acueducto de la Verónica, río Ameca, río Tlalnepantla, río Tacubaya, río San Javier, río Tepotzotlán, río San Pedro, río la Colmena.

No puede enterrarse el cuerpo del agua, siempre  
regresa, no sabe desaparecer.

Caminamos para sentir el agua, para acercarnos  
a un cuerpo más grande que el nuestro, para verificar  
que nuestra boca, manos y dientes están en el  
mismo lugar, en este mundo.

Cerca de nuestras palabras con el mundo, la red  
que reúne todas las cosas bajó sobre nosotros.  
No los ovillados, los extendidos y con la fuerza que  
tira hacia arriba. Nuestro tamaño es una vertical.

No recogidos, desdoblados y hacia arriba con la fuerza  
que sostiene a esta piedra en el aire.

Los que regresan

María Eugenia

Lo invisible era el signo de su casa. Desplazaba su cuerpo para dejar espacios en blanco entre los muebles. Gorriones y pordioseros bajaban a tomar agua del patio.

Ella ofrecía la música de los objetos abandonados, un violín con el arco roto, tallos secos, una balanza equilibrada por el polvo. Hubo tensión en los objetos de su fe, calendarios en los pesebres. En su cocina el agua siempre hirvió a fuego lento.

Fernando

El cuerpo extendido sobre el sillón como una barca a punto de zarpar a la una de la tarde del sábado. Las manos cruzadas sobre el pecho son los remos inmóviles de la navegación. Tendido en el centro de la sala, viaja en el laberinto de su cuerpo con la cabeza cubierta de luz. Sus hermanos parten los panes en la mesa y los ponen en boca de sus hijos. Y ahora la barba le nace en los pómulos. A punto de zarpar, Fernando es la pregunta que su cuerpo hace y no podemos responder.

Elena

Despertaban con la lentitud de los animales. Tenían el tacto y la respiración, piel en las madrugadas. Con las primeras luces su nuca era una madriguera de hilos oscuros. Y la música venía de la nada a la voz y al movimiento discreto de su cuerpo en la recámara.

Estas fueron las manzanas maduras que no recogimos del suelo.

Manuela

Recordaba el nombre de sus padres y la madrugada  
en que viajó en carreta. Las farolas, el empedrado bajo  
los cascos de los caballos.

Hija de la que murió muy jovencita. Sus manos fueron  
tibias y supieron reconocer los rostros que tocaban.

Afuera, en el patio, toda la noche ladraron los perros  
a alguien o algo que no podía ver.

Ignacio

Hay inquietud en el acero oxidado de los puentes,  
en su manera de suspenderse sobre el agua que pasa.  
Un puente no es la unión de dos orillas, un umbral  
no es una puerta. La inmovilidad está viva en la corteza  
de los árboles.

En este cuerpo hubo años, palabras, oscilación. La tarde  
en que murió mi padre caminé entre la gente.

María Cecilia

No habrá sombra bajo las ramas, ni brotes en el polvo. Los que no nacieron tendrán sed y a lo lejos escucharemos al más pequeñito moverse con la fuerza perdida.

Y ella saldrá de la casa, se acercará hasta él con agua en el cuenco de las manos y se la pondrá en la boca para que beba.

Carmen

Hay que permanecer en silencio para que venga el rumor. A los costados, detrás de mí, encima de nosotros.

Es la voz en el radio que se queda entre estación y estación, aleluya. Es el pliegue de las cortinas, los motores que tardan en encender.

Son los nudillos de mi hijo.

Hay que cerrar los ojos. De niñas, mis hermanas y yo cantamos para el dios invisible de las bancas.

Pablo

Veo el lugar en donde estuvo el muelle, las cenizas  
de la leña. Cae una silla.

Veo la mansedumbre de las máquinas por las noches.  
Los platos vacíos. La casa desordenada de los animales.  
Veo a la multitud siguiendo por una calle estrecha  
el llamado de su muerte. Y qué blandos sus huesos.

Veo la respiración de mi madre mientras duerme,  
el corazón de las preguntas.

Irma

Cuando cierras los ojos al hablar imagino que  
vienes del abismo a tus palabras, que vienes  
de la oscuridad a la luz doméstica de los cuerpos.

Cuando cierras los ojos, tus palabras son sombras  
que se alargan por la recámara, más allá de la puerta,  
y más allá todavía, hacia la calle. Sombras que  
se alargan sin romperse.

## Anáhuac

Río de los Remedios, río de La Piedad, río Magdalena, río Consulado, río San Joaquín, río de las Avenidas, río San Juan Teotihuacán, canal de la Compañía, río San Buenaventura, canal de Chalco, canal de la Viga, río Mixcoac, río Hondo, río San Rafael, acueducto de la Verónica, río Ameca, río Tlalnepantla, río Tacubaya, río San Javier, río Tepotzotlán, río San Pedro, río la Colmena.

## Los que regresan



Antes (dicen los libros)  
el acueducto  
bajaba desde el nacimiento  
hasta la boca del pozo.

Todo el día y toda la noche  
se escuchaban los guijarros  
corriendo en el agua.

Y nosotros sólo encontramos un montón de piedras  
extendidas por el terreno. Zapatos abandonados,  
latas, condones, botellas rotas.

Ahora ya está tapado el ojo de agua.  
Pero quedan los tuertos.

Fue a un costado de los arcos el 21 de septiembre de 1948.

Pablo, hijo de Luz y de Pablo.

Eugenia, única hija de Isabel. No se tiene registro  
del nombre de su padre.

Ven a la sombra.

Aquí.

Bajo la sombra.

Conocemos la escena:

Eugenia miraba las sombras de los árboles proyectadas en la grava  
(esto es todo lo que hay de nosotros).

Él escribía su nombre en la corteza de un árbol  
con letras mayúsculas  
(esto es todo lo que hay de nosotros).

Ella usaba un vestido blanco en el que años más tarde  
crecieron flores.

Flor de la luna, acacias, margaritas, bromelias,  
buganvillas, flor del cuervo, jacintos, flor del árbol  
de manitas,  
todas con hilos  
perfectamente enhebradas.

Sólo digo que hundieron los pies  
en el barro  
y que era espeso y caliente  
(vivo como una entraña viva  
y abierta en lo húmedo de la lama).

No era gravedad la fuerza que los movía hacia adentro.

No era gravedad.

Sólo digo que  
esa tierra se endureció como otra piel en la piel  
y a la sombra del árbol  
hizo nuevas hendiduras en su cuerpo.

Y se preguntan cómo llegó aquí,  
de dónde la trajeron. Quién, sobre todo  
quién.

No saben si es la misma por la que lloró Eduardo,  
si es la que habitaba los pozos  
o si fue más blanda por la mañana.

Y ya está tapado el ojo de agua.

Los que estaban reunidos  
poco a poco fueron alzando la voz.  
Decían: yo la vi,  
ayer pasó a unos metros de la casa.  
Hace una semana yo la escuché,  
reconozco sus pasos  
como si fueran míos.

Mas nunca se sabe lo que se está mirando  
por última vez.  
Toda hora es despedida.

Cómo se nombra un cuerpo  
de agua,  
cómo se nombra a un río.  
Se llama la corriente o la hendidura,  
la gruta en la que nace,  
lo que deja en los márgenes  
o lo que arrastra.

¿Se nombra el cauce vacío  
o el nacimiento del agua?

Esto (que no aparece en los registros)  
fue lo que nos dio a ver:  
bajaron del cielo abierto tres pájaros.  
Uno negro y veloz  
que sólo sabía graznar de noche  
y robaba los granos.  
Otro, como injerto de fruta extraña,  
se escondió adentro de un árbol  
y no lo volvimos a ver.

Y la última era ave de carroña  
y no ha dejado de volar en círculos  
sobre el lugar donde pasaba el agua.

Ella miraba la sombra de su cuerpo sobre la grava  
y se confundía su sombra con la sombra  
de las ramas del árbol  
y si el aire soplaba era una sola  
sombra la que en la tierra se movía.

Estatura: 153

Tez: Morena. Morena clara.

Señas particulares: Tiene tres lunares pequeños  
bajo el maxilar y forman una línea ascendente que  
apunta más allá de su cuerpo. Una cicatriz con forma  
de óvalo en el vientre. Una cicatriz de quemadura  
en la palma de la mano. Llevaba el cuello  
descubierto.

Estaban colgadas de la rama más baja  
y no rozaban la tierra.

A la distancia parecía  
que alguien había adornado el Sabino  
con banderas de colores  
para las fiestas de mayo.

Pero al salir de la curva  
se veían con claridad los bultos  
de las ropas colgadas.

No se escuchaban las voces  
de los que estaban bajo el agua.  
Bestia mansa;  
no se movía el lomo del cauce.

Magdalena, Remedios y Piedad,  
cuerpos secos por donde no corre el agua,  
haríamos una cuenca en las manos  
para mojar su nombre.

A esta hora en los traspatios  
las piedras de afilar  
se visten de luto.

Magdalena, Remedios, Piedad,  
la oscuridad es una forma de paciencia.

Lo quebrado no es el maíz  
son las bocas que floreal a puños  
(en las fotografías ellos muestran los dientes blancos y  
romos),  
lo que truena por dentro  
y no se corta de tajo.

Lo quebrado  
es lo que está ganando tensión,  
el gesto convertido en mueca.

Se reunieron a su alrededor  
los curiosos  
y buenamente abrieron una zanja  
y la pusieron ahí para enterrarla;  
la tierra no era negra,  
era roja.  
Entre todos la metieron  
en la oscuridad del recipiente.

Un día cosecharás lo que sembraste.

Río de los Remedios, río de La Piedad, río Magdalena, río Consulado, río San Joaquín, río de las Avenidas, río San Juan Teotihuacán, canal de la Compañía, río San Buenaventura, canal de Chalco, canal de la Viga, río Mixcoac, río Hondo, río San Rafael, acueducto de la Verónica, río Ameca, río Tlalnepantla, río Tacubaya, río San Javier, río Tepotzotlán, río San Pedro, río la Colmena.





AGRADECIMIENTOS:

A Ezequiel Zaidenweg,  
Robin Myers,  
Alejandro Albarrán,  
Carlos Núñez,  
Mara Pastor,  
Alan Page,  
Katia Castañeda  
y Lila Zemborain  
por la amistad y su generosa lectura.

A Javierote, Martha y Ana.

A los abuelos que regresan.  
A mi abuela Dolores.

A la Greenwell Foundation  
por la hospitalidad.

A Gibrán, Lolo, Pedro y Áyax.  
Al equipo de Chuta Testa.

A Isabel, Marina, Jazmina, Astrid y César.





*Los que regresan*

es el segundo libro publicado por Ediciones Antilope  
y pertenece a la colección *Alberca vacía*.

Tras mucho discutir mediante correos  
electrónicos, en cafés, chats de whatsapp y pláticas alrededor  
de una mesa cuadrada con vista a una alberca vacía, se  
terminó de imprimir y encuadernar  
el mes de noviembre de 2015, en los talleres de Impresos  
Bautista en Amado Nervo 53, colonia Moderna,  
C.P. 03510, Distrito Federal, México.

Sin el poder de internet  
y la generosidad de 153 personas, este  
libro no hubiera existido. La edición consta  
de 1043 ejemplares.



1 ALBERCA  
VACÍA

presente

ISBN-13: 978-607-97070-0-2



9 786079 707002